Falsos apóstoles

Apocalipsis 2:2

Por: Jaime Vásquez

Introducción

Cuando el Señor envió su mensaje a la iglesia en Éfeso, la alabó por algo muy especial:

> *«Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos»* **(Apocalipsis 2:2)**

Había hombres que **decían ser apóstoles**, y no lo eran. Pablo ya lo había advertido: «Porque estos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo» (2 Corintios 11:13). Hoy también hay muchos que se llaman «apóstoles». ¿Cómo distinguir al verdadero del falso?

I. Las señales de un apóstol genuino

En Corinto, algunos ponían en duda que Pablo fuera apóstol. Él les respondió:

> *«Con todo, las señales de apóstol han sido hechas entre vosotros en toda paciencia, por señales, prodigios y milagros»* **(2 Corintios 12:12)**

Los corintios no tenían excusa. Pablo había hecho esas señales entre ellos desde el principio, aun mientras sufría persecuciones (Hechos 18:1-11). Los falsos apóstoles, en cambio, no podían mostrar nada más que jactancias.

La Biblia nos muestra qué distinguía a un apóstol verdadero:

Fue escogido por Cristo mismo. El Señor «escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles» (Lucas 6:13). Pablo fue apóstol «no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios el Padre» (Gálatas 1:1).

Fue testigo de la resurrección. Cuando escogieron al que tomaría el lugar de Judas, tenía

que ser uno que hubiera andado con el Señor y fuera «testigo con nosotros, de su resurrección» (Hechos 1:21-22). Pablo dijo: «¿No he visto a Jesús el Señor nuestro?» (1 Corintios 9:1).

Hizo señales para confirmar la Palabra. Cristo les dio ese poder (Mateo 10:8). Los milagros mostraban que Dios obraba en ellos: «ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían» (Marcos 16:20; Hebreos 2:3-4).

Pero cuidado: no todo lo que parece milagro viene de Dios. Satanás también obra «con gran poder y señales y prodigios mentirosos» (2 Tesalonicenses 2:9).

II. Simón quiso comprar el poder de los apóstoles

En Samaria había un hombre llamado Simón, que había sido mago y tenía asombrada a toda la ciudad (Hechos 8:9-11). Cuando Felipe predicó el evangelio, «también creyó Simón mismo, y habiéndose bautizado, estaba siempre con Felipe; y

viendo las señales y grandes milagros que se hacían, estaba atónito» (Hechos 8:13).

Después llegaron Pedro y Juan. Al imponer ellos las manos, los samaritanos recibían el Espíritu Santo. Note que Felipe hacía milagros, pero no podía dar ese poder a otros; solo los apóstoles podían. Entonces Simón les ofreció dinero:

> *«Dadme también a mí este poder, para que cualquiera a quien yo impusiere las manos reciba el Espíritu Santo»* **(Hechos 8:19)**

Simón no pedía ser apóstol, sino tener el poder de los apóstoles. La respuesta de Pedro fue fuerte: «Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero. No tienes tú parte ni suerte en este asunto, porque **tu corazón no es recto delante de Dios**» (Hechos 8:20-21).

El problema era el corazón. A Simón lo venció su vida pasada. Como mago había vivido de asombrar a la gente para ganar fama y dinero, y al ver el poder de los apóstoles solo pensó en tener más poder. El bautismo no cambia el corazón por arte de magia. La verdadera conversión pide despojarse

«del viejo hombre» (Efesios 4:22) y hacer morir «lo terrenal en vosotros» (Colosenses 3:5).

Un cristiano puede caer. Simón había creído y había sido bautizado. Por eso Pedro no le dijo «bautízate», sino: «Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón» (Hechos 8:22). Así debe hacer todo cristiano que peca: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados» (1 Juan 1:9). Simón pidió: «Rogad vosotros por mí al Señor» (Hechos 8:24).

De Simón viene la palabra **«simonía»**: querer comprar las cosas de Dios con dinero. Simón no fue un falso apóstol, pero tenía el mismo corazón de muchos que hoy se llaman apóstoles: buscan poder, fama y dinero con las cosas de Dios.

III. Lo que hizo Éfeso: los probó

La iglesia en Éfeso no creyó a todo el que llegaba diciendo «soy apóstol». **Los probó**, y los halló mentirosos (Apocalipsis 2:2). Hicieron lo que la Biblia manda: «Examinadlo todo; retened lo bueno»

(1 Tesalonicenses 5:21), y «probad los espíritus si son de Dios» (1 Juan 4:1).

Ellos estaban avisados. Años antes, Pablo había reunido a los ancianos de esa misma iglesia y les había dicho: «Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño» (Hechos 20:29). Éfeso recordó la advertencia y estuvo alerta.

Pongamos lado a lado al apóstol verdadero y al falso:

El apóstol verdadero	El falso apóstol
Escogido por Cristo (Gálatas 1:1).	Se nombra a sí mismo (Apocalipsis 2:2).
Vio al Señor resucitado (1 Corintios 9:1).	No puede presentar esa prueba.
Sus señales confirmaban la Palabra (2 Corintios 12:12).	Solo tiene jactancias o «prodigios mentirosos» (2 Tesalonicenses 2:9).
Sufrió con paciencia por el evangelio (Hechos 18:1-11).	Busca poder, fama y dinero (Hechos 8:18-19).

Conclusión

Para ser apóstol había que haber visto al Señor resucitado. Hoy nadie lo ha visto. Por eso **no hay apóstoles vivos**, y quien hoy se llama apóstol está en el caso de Apocalipsis 2:2: «dicen ser apóstoles, y no lo son».

Pero no nos hacen falta. Tenemos algo mejor: **la doctrina de los apóstoles**, escrita en el Nuevo Testamento. La primera iglesia «perseveraba en la doctrina de los apóstoles» (Hechos 2:42), y la iglesia está edificada «sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo» (Efesios 2:20). Es «la fe que ha sido una vez dada a los santos» (Judas 3).

Probemos todo con ella.